

PRECIO: \$ 1.50

REVISTA DE ARTES Y LETRAS



ISAÍAS
CABEZÓN

Año II.—N.º 3.

1.º de Mayo de 1918.

CONSTITUCIÓN

Apuntes del natural, por Isaías Cabezón

Ediciones de ARTES Y LETRAS

CUESTIONES INTERNACIONALES

La política internacional chilena ha tenido, como la de todos los países, caídas y triunfos.

¿Hay conveniencia pública en que se ignoren los nombres de los que han causado las primeras y los nombres de los que han alcanzado los segundos?

Los artículos de esta Sección, escritos por quien ha penetrado el misterio de nuestra diplomacia, levantarán, hasta donde sea patriótico hacerlo, el velo que sigue cubriendo las figuras de los unos y los otros, de los incompetentes y de los hábiles.

Decíamos, en el número anterior de esta Revista, que nuestro primer artículo sobre cuestiones internacionales había producido desconcierto en las personas cuya actuación pública puede ser comentada en estas páginas.

¿Qué diremos de nuestro segundo artículo? Las cartas que, a raíz de publicar el primero, cayeron sobre nuestra mesa de trabajo con suave lentitud, como gotas de nube veraniega, han llovido ahora, entusiastas y copiosas. Pero, exceptuado un papel de alguien que tuvo vergüenza de su nombre, no son ya, como las primeras, desmentidos, amables anuncios de repesalias, advertencias, no: son voces de estímulo, llamados a nuestra

memoria para que no olvidemos la importancia de tal nota diplomática; toques de barniz para avivar el azul o el verde de tal olvidado libro de Cancillería; copias de documentos, testimonios de triunfos...

Pero, como nuestro intento no es resolver ningún problema internacional, sino anotar, con criterio libre de todo interés que no sea el bien del país y el prestigio de su acción exterior, los incidentes que nos parecen dignos de recordación, prescindiremos de los datos y los documentos que se nos ofrecen y continuaremos escribiendo nuestros artículos con la misma serenidad con que los empezamos.

Y esto, a pesar de las invectivas,—que esperábamos,— por haber aludido a éste o a aquél hombre público, por reprobar a un corresponsal sus cargos de venalidad hechos a los congresales chilenos; por haber aplaudido la neutralidad que, con la anuencia de todos los partidos políticos, ha resuelto mantener nuestro Gobierno, y por haber criticado un artículo editorial de *El Mercurio*...

Sobre esto último, debemos hacer una aclaración. Si al decir, que el editorial a que nos referíamos no podía ser atribuido ni a don Guillermo Pérez de Arce, ni a don Joaquín Díaz Garcés, no agregamos a don Juan Larraín, fué, no por inculparlo con nuestro silencio, sino porque nos parecieron suficientes esos dos nombres para dar a entender que el tan comentado editorial no podía ser de ninguno de los redactores de *El Mercurio*; que debía de ser, como lo suponemos, un artículo forastero... Si no fué así, nada más natural que soportar el juicio de sus lectores.

Por lo demás, el agrio artículo editorial con que *El Mercurio* de Valparaíso nos replicó no nos ha extrañado. Vivimos en un curioso país. Nadie puede aquí alzar la voz para opinar sobre asuntos públicos con serenidad e independencia. El que no está conmigo, está contra mí, grita cada uno de los bandos en que se divide la opinión pública, y sus influencias intentan aplastar a quien no se coloque de su lado. ¡Hierro! con el que no ponga su voz en el clamoreo de este grupo vividor y ligero! ¡Fuego! con el que no ponga su voz en este otro grupo ligero y vividor! No se permite querer pureza y altura; no se admite el

soñar; se exige el impropio y el odio. Y los que hemos oído a los unos avergonzarse, como chilenos, de los desaciertos de los otros, y a éstos avergonzarse, como los chilenos, de los desaciertos de aquéllos, no tenemos derecho a decir: ¡Cuidado! Los órdenes políticos y sociales no son eternos. Es preciso acordarse de la juventud, que observa; del pueblo, que atisba; de la opinión extranjera, que nos desdeña o condena a irremediable fracaso como nación.

Cerrar los ojos a esto, es cerrarlos a la luz del día. No hay escritor extranjero que nos visite, que no advierta, a la primera mirada, los defectos tradicionales de nuestra organización social y política, y que no lo diga, ya verbalmente, a quienes por su independencia de criterio se les puede hablar sin temor de patrioterismos enojos, ya por escrito, pero no en los libros subvencionados por el Gobierno, como aquellos de Miss Robinson Right, que llegó a decir,—citaremos algo que no nos concierna y lo menos hiriente por no exagerado,—en su libro sobre Bolivia, que la intelectualidad de este país no está lejos de tener su Shakespeare; sino en los libros imparciales, en los que no se siente la influencia esterlina, como, entre muchos, el de Henry Goy.

Hablar de esos defectos, e impugnar la prensa que los justifica es hacer obra de purificación patria. Lo delictuoso está en callarlos, en entregarse al buen vivir y, olvidándose del deber que tiene todo chileno de combatirlos con los medios que tenga a su alcance, levantar, ante esas impudencias públicas, como única enseña de moral, el grito del Dean Swift: «¡Viva la bagatela!»

No. Somos viejos, más por la experiencia que por la edad, y si damos a conocer algo de nuestros asuntos internacionales, velados hasta hoy, en sus incidencias no felices, por los intereses de la camaradería política, no lo hacemos por quitar laureles, ni por afán de notoriedad, sino por referir algo de lo mucho que oímos comentar en voz asordada, de cuanto es el tema circulante por todos los grupos, desde el de los jóvenes, en los corrillos universitarios, al de los viejos, en el Asoleadero de los Culebrones: la frivolidad de nuestra vida política, el dominio

absoluto de la componenda, el desdén de los méritos reales, la autoridad todopoderosa del parentado y la indiferencia de la opinión pública ante las faltas de probidad que brotan, como pústulas reveladoras del estado social, en los Ferrocarriles, en las Aduanas, en la Bolsa...; indiferencia que, para justificarlo todo, no está distante de decir como Lechat a su futuro yerno, en *Les affaires sont les affaires*:—«Nada hay de incorrecto en todo esto, en cambiar lo que se tiene por lo que no se tiene; en cambiar títulos, mandatos electorales, situación social, amor, puestos públicos o privados. Nada más lícito que estas transacciones de valores morales por materiales y, tranquilícese Ud., nada más honorable»!

La filosofía de estas frases, que pueden no ser rigurosamente exactas, porque las citamos de memoria, no es la nuestra.

Y basta.

Chile en América

Han llegado a sus destinos los nuevos Ministros Diplomáticos chilenos acreditados en diversas naciones sudamericanas.

Algunos han sido recibidos con demostraciones de singular aprecio; otros en forma modesta y reservada; y dos, el de Cuba y Venezuela, con amable indiferencia.

Todo esto va bien; pero queda en pie la pregunta: ¿por qué tenemos Ministro en Venezuela, cuando este país no ha acreditado nunca una Legación en Chile? ¿Dónde están los fiscalizadores parlamentarios que no llaman la atención sobre esto, ni sobre la Legación en Cuba que, como la de otros países, podría no estar mal servida por un Encargado de Negocios que fuese al mismo tiempo Secretario de nuestra Legación en Méjico?

Lo esencial para Chile es que se mantengan Legaciones de primer orden en Colombia y Ecuador. El casi abandono en que se tenía la nuestra ante la primera de estas naciones,—estuvo por largo tiempo a cargo de un segundo Secretario con el carácter de Encargado de Negocios,—ha sido subsanado, y por las atenciones que ha recibido el señor Garcés, en Bogotá, y por las frases tan llenas de sinceridad con que el Presidente le

contestó al reconocerlo como Ministro de Chile, creemos que ese Gobierno, grande y buen amigo del nuestro, no insistirá en mantener en Buenos Aires su representación diplomática acreditada en Santiago.

Hemos dicho que algunos de nuestros nuevos Ministros han sido recibidos con demostraciones de inusitada cordialidad: ellos son los señores Muñoz Rodríguez e Eastman. Esos países han querido honrar a Chile y a sus representantes, y lo han hecho con toda amplitud. Ambos diplomáticos, talentosos y cultos, tienen a su cargo una acción de importancia; son aptos para desempeñarla y, conocedores de las tradiciones que han de seguir, la llevarán a término con lucidez.

En Ecuador, nuestro Ministro puede guiar su actividad ciñéndose a las normas que dirigieron la acción del inolvidable patriota don Galo Irrarrázaval, quien, a su vez, fué el continuador habilidoso de los señores Aníbal Zañartu, Domingo Godoy y Beltrán Mathieu. La labor del señor Muñoz Rodríguez es fácil y simpática; fácil, porque su talento le indicará el medio de subsanar brillantemente los pequeños tropiezos que pueda tener; y simpática, porque junto con servir los intereses de su país, servirá los del Ecuador.

Igual cosa puede decirse del señor Eastman, en Bolivia. Esa Legación tiene también luminosas tradiciones. La falta de continuidad en la política de nuestra Cancillería ha permitido, es cierto, que no haya producido todos sus frutos la semilla sembrada por don Domingo Santa María, don Luis Aldunate, don Melchor Concha y Toro y don Luis Barros Borgoño; pero el tino y la sagacidad del señor Eastman pueden mejorar en mucho la situación actual, si no del todo favorable a los intereses de Chile, tampoco desesperada, según se puede apreciar por los comentarios que ha hecho la prensa de ese país de los discursos cambiados entre el señor Eastman y el Presidente Gutiérrez Guerra.

Lo que más necesita esa Legación para conseguir sus fines son dos cosas: primero, instrucciones precisas de nuestra Cancillería y firmeza para mantenerlas; y segundo, que la prensa chilena dispense su apoyo incondicional al discreto diplomático.

co encargado de darles cumplimiento. Sin rumbo fijo y sin anuencia, ya que no sin aplausos, de los diarios que informan el criterio público, los mejores intentos y las más patrióticas aspiraciones son esfuerzos en el aire.

Nada más podemos decir por ahora. Tenemos confianza en que S. E. el Presidente de la República, ayudado en su labor por las luces y el carácter del actual Ministro de Relaciones Exteriores, señor don Daniel Feliú, sabrá definir, de una vez por todas, la no difícil acción que corresponde ejercer a nuestra Cancillería en sus relaciones con el Gobierno de la Paz. Pocas veces la política internacional chilena ha estado en manos de personas que se completan tan armónicamente como el Excmo. señor Sanfuentes y el señor Feliú: sagacidad y carácter; cultura y firmeza.

En Santiago se espera a nuestro representante en Río de Janeiro, don Alfredo Irrarrázaval Zañartu, hermano del diplomático que tanto contribuyó a mejorar las relaciones de Chile con el Ecuador.

Se confía en que el señor Irrarrázaval, conocidas como son su actividad y experiencia, logre mantener nuestra amistad casi secular con la gran nación brasilera en el mismo grado de sinceridad que tuvo en la época de don Pedro II.

A pesar de algunas veleidades, esa amistad es en Chile popular; es, sin duda, la primera de todas: la amistad del corazón. Así lo demostró el pueblo de Santiago, espontáneamente, sin estímulos oficiales, no ejercidos por innecesarios, la noche en que llegó a esta capital el Embajador Mello e Franco que regresaba de Bolivia.

Nuestra amistad con el Brasil no tiene nubes en lo pasado, ni encierra peligros para lo porvenir. Inspirado por ella, el señor Irrarrázaval Zañartu presta en los actuales momentos inapreciables servicios al país. Los resultados de su misión diplomática, para lo cual le han sido de inestimable valor sus cualidades personales, serán, si no lo son ya, de todos conocidos y por todos encomiados.

Recomendamos la lectura del libro publicado por don Julio Pérez Canto con el título de *Lord Cochrane en Chile*.

Es obra útil, serena, y respetuosa de la verdad histórica. En su página 197 se narran las disidencias ocurridas entre Cochrane y San Martín y se copian de Barros Arana los siguientes párrafos que tan claramente las resumen:

«Cochrane se manifestaba profundamente convencido de que San Martín estaba empeñado en amenguar el poder y el prestigio de Chile y en desorganizar la Escuadra para hacerla pasar al servicio del Perú, y creía que Monteagudo era el consejero más caviloso y obstinado de esta tortuosa política.»

«La opinión pública (la de Chile) por un sentimiento natural y justo de susceptibilidad nacional, estaba prevenida de antemano contra el nuevo Gobierno de Lima. En vista de los hechos que hemos recordado antes, se creía que San Martín y sus consejeros habían sostenido y desarrollado artificiosamente el plan de privar a Chile de toda influencia en el Perú, de arrebatárle todo su prestigio presentando la expedición libertadora como una entidad independiente y en cierto modo extraña al Gobierno y al país que la había creado, y hasta de suprimir el nombre de este último en actos en que no sólo era razonable sino necesario recordarlo. En las nuevas ocurrencias se creyó ver la confirmación de estos celos y la opinión pública no sólo juzgó a Cochrane como defensor del crédito y del prestigio de Chile, sino que aplaudió sus procedimientos como la obra de la necesidad para mantener la Escuadra y para hacerse respetar de los que pretendían minar su poder y despojarlo de los buques que estaban ya bajo su mando. "En Chile, decía O'Higgins, en carta confidencial a San Martín, se ha aprobado generalmente el uso de los caudales en cuestión para víveres y sueldos de los marineros y las opiniones sobre esta materia se han avanzado más allá de los límites de la moderación". El Senado y el mismo Gobierno, como veremos más adelante, alarmados por la situación depresiva que se pretendía crear a Chile en los negocios del Perú, se creyeron en la necesidad de tomar algunas medidas en favor de las tropas nacionales.»

Si esas eran las intenciones de San Martín respecto de Chile, a raíz de los triunfos de la Expedición Libertadora, pueden tener explicación muchos hechos acaecidos en las relaciones de Chile y de la Argentina cincuenta y cien años después.

Chile aportó a esas relaciones más sinceridad, un americanismo más intenso y desinteresado; pero sus diplomáticos se han visto en más de una ocasión envueltos en dificultades nacidas de la misma falta de franqueza de que fué víctima Lord Cochrane.

E. DE SALAVERRY.